



A uno lo apuntaron en “La Escalera” siendo muy pequeño. No nada más nacer, como se ha hecho ahora costumbre, pero muy pequeño. Tanto como para que los primeros recuerdos se pierdan en la nebulosa de la infancia más temprana y se limiten a lo contado y a lo recogido por alguna fotografía en blanco y negro contemplada después en los álbumes de la familia.

En el baúl de la memoria comienzan a aparecer imágenes de poco más tarde. Mañanas de Viernes Santo con nervios e ilusión más propios de día de Reyes; algún desfile de gremios caminando de la mano de los otros, muy pocos por entonces, niños de la Hermandad (la moda de las sillitas y los pequeños en brazos es mucho más moderna de lo que algunos creen); ir a alumbrar, también de la mano de algún adulto, con un pequeño farol de cazoleta. Incluso me acuerdo de asistir a alguna junta, no sé si de Ramos o de Candelas, en los locales de la Casa Sindical con posterior visita al desaparecido bar del Hogar del Productor, que se ubicaba justamente encima, alternando con los mayores. Con un chato de mosto o una *Mirinda*, claro. No pude, por edad, llegar a conocer las juntas que se celebraban en un local de la fundición familiar, en el Pontón de Magarzo, acondicionado para la ocasión, ni mucho menos, las que tenían lugar en la “*casa o habitación*”, que así rezan los antiguos escritos, del hermano mayordomo o presidente.

Recuerdo, además, en aquellos años infantiles la tensión y, en ocasiones, el miedo –todo hay que decirlo– que se pasaba viendo salir o entrar los Pasos Grandes encaramados en la repisa del antiguo altar de la Capilla. Allí, junto al Cristo Atado a la Columna, nos apiñábamos en lugar tan privilegiado como, visto desde la óptica de hoy en día, poco apropiado. Un sitio que proporcio-

SERVIR EL PASO



LA ESCALERA EN EL CORRO DE SAN MIGUEL. Foto Archivo.

naba una fantástica perspectiva de las complicadas y precisas maniobras que luego imitábamos en la riosecana costumbre de “jugar a los pasos” con cualquier desvencijado tablero o intentando levantar –con peligro para los objetos que hubiera encima– la mesa camilla del salón de casa.

También rememoro ligeramente algún refresco de aquellos años. Puede que uno de los primeros quizá fuera en la casa de una familia de apellido homónimo pero sin parentesco ninguno con quien esto escribe, en el Corro de San Miguel, entre las mismas paredes que en los años 30 acogieron al grupo de hermanos que –“*reunidos en casa del hermano Gallego...*” dicen los libros de actas– impidieron la desaparición de la cofradía. Más tarde ya recuerdo refrescos en domicilios de otros hermanos mayordomos que, llegado el Viernes Santo, abrían de par en par sus puertas para agasajar al resto de la Hermandad.



Y, finalmente, con el crecimiento del número de cofrades y la reducción del tamaño de las viviendas, en cafeterías y otros locales: Cubero, Enlace, Los Molinos...

Y me acuerdo de alguna de las primeras cenas de hermandad a las que asistí y en las que la chiquillería compartíamos mesa. En El Portazgo o “donde doña Miguela”, la popular propietaria del Hotel Castilla. Algún año en el desaparecido Hostal de los Almirantes e incluso una en Berrueces, trasladándose algunos hermanos en un autocar. Siempre con el menú reglamentario de alubias y bacalao completado, por cortesía del mayordomo, con el castellano lechal. En un par de ocasiones, desconozco las causas, el pescado no recuerdo si se cambió o se suprimió, provocando que un hermano se dirigiera, en una petición no exenta de gracia y arte, al por entonces máximo mandatario municipal, hermano también de La Escalera, solicitando que el bacalao volviera a figurar en la cena. La demanda no sólo fue atendida, sino que cuando a aquel le correspondió ser mayordomo fue obsequiado con una insignia de solapa en forma de “raspa” de bacalao.

Una anécdota de las muchas que se cuentan en esas cenas, que son auténticamente de hermandad. Adornadas a veces por la imaginación del narrador, pero todas con su trasfondo de veracidad. Cenas que han ampliado de tal modo el número de comensales que parece imposible que, en su día, pudieran celebrarse en la propia casa del mayordomo o en lugares dispuestos al efecto –todavía algunos hermanos mayores recuerdan haber cenado en algún local comercial o en las aulas de las escuelas sitas en la actual calle Matadero–. Cenas preparadas y servidas por los propios familiares, normalmente de sexo femenino, del mayordomo. Muy distintas a las que se celebran ahora, habitualmente en el restaurante El Cortijo –lejos queda también aquel primitivo comedor junto a la placita de toros de la finca–, con amplios salones y una legión de camareros atendiendo el servicio.

Así, desgranando poco a poco retazos de recuerdos inconexos, llegan esas vivencias que parecen haber ocurrido ayer mismo. El primer poso en la plaza, frente al ambulatorio y en la cadena trasera, con el regusto de sentir en el hombro, por primera vez, el peso del Paso. Un regusto que “envenena” de tal modo que se busca año tras año después de una larga espera que dura 364 días. O la primera vez que uno sacó el Paso, con una sensación sobre todo de responsabilidad, máxime cuando aquel ya lejano Viernes Santo –que también cayó en marzo– era mi propio padre el mayordomo. Aún suenan en mis oídos, como si fuera ahora mismo, las palabras que, desde uno de los encerrados traseros, escuché ese día al cadena en su arenga: “*esto no es un ejercicio de fuerza, esto es un acto de fe*”. Un acto de fe que he podido luego repetir varias veces, una incluso con el honor de ser quien arengara a los otros 19 hermanos. Todas con la misma carga de responsabilidad que en aquel debut.

Vienen a mi mente ahora, también, momentos mucho más recientes disfrutados durante los últimos años en el seno de la Hermandad del Descendimiento: haber participado en el salto de esta a las redes de Internet; o en la creación del que fuera primer audiovisual de una cofradía riosecano; o en el descubrimiento del autor de esa marcha fúnebre que, como una vez escribí, “*se siente más que se escucha*” cada Viernes Santo; o haber podido colaborar con la Junta Directiva en la organización de las anuales Jornadas de Hermandad y, sobre todo, de ese año plagado de orgullo por ser hermanos de La Escalera que supuso la celebración del 350 Aniversario del Paso.

Y aparecen en mi memoria, no puede ser de otra forma, hermanos que emprendieron el camino hacia Cristo Descendido, hacia esa promesa de resurrección, hacia esa vida eterna desde la que nos alumbran con sus faroles encendidos. Faroles en los que en ocasiones se busca el consuelo. Como los de esas dos filas de hermanos que despidieron, una



mañana de septiembre, a otro hermano. A mi hermano. A quien rindo, en este momento y en todo momento, emocionado recuerdo.

Así, casi en un abrir y cerrar de ojos, han pasado cuatro décadas y media. La lista de hermanos ha ido avanzando. Creciendo mucho por detrás y menguando –ley de vida– por delante. Y uno se ve, ahora mismo, en la tesitura de que le llega el momento de ser el mayordomo de “La Escalera”. Un momento esperado y que parecía siempre lejano. Pero que ya está aquí. Y uno siente el privilegio de formar parte de esa nómina que va completando la historia de la Hermandad. Siente el orgullo de ser heredero de los mayordomos de las antiguas penitenciales riosecanas. Aquellos hombres que asumieron la responsabilidad del gobierno de las cofradías en momentos gloriosos y en otros más convulsos. De ser heredero de aquellos “cabzaleros” que representaban a los grupos gremiales encargados de los pasos y gracias a los que estos han llegado hasta nosotros. Y siente el inmenso honor de unir su nombre a los de todos aquellos que un día tuvieron la fortuna de servir el Paso.

Servir el Paso. Ahí es nada. Tal vez la mayor aspiración de un cofrade de Medina de Rioseco. Un cargo, el de mayordomo, que muchos hermanos no tendrán la dicha de ejercer. Pero se puede servir el Paso sin ser su mayordomo. Servir el Paso ha de ir mucho más allá de portar la Vara en el pregón o las procesiones. Más allá de agasajar a los hermanos en el refresco o la cena. Que también. Servir el Paso ha de significar estar al servicio de la Hermandad, y de cada hermano en particular, ante cualquier necesidad y en todo momento. Todos deberíamos ponernos al servicio de la misma desde que uno decide –o deciden por él– ingresar en ella. De otro modo no tiene sentido llamarse cofrade.

Precisamente, este año 2016, celebramos el Año Jubilar de la Misericordia convoca-



VARA MAYOR. HERMANDAD DEL DESCENDIMIENTO.

do por el Papa Francisco mediante la bula *Misericordiae vultus*. Los Evangelios nos hablan de la misericordia de Cristo, de su capacidad de participar en el dolor y en las necesidades de los demás. En Él debemos fijarnos. Afortunadamente, hoy día, las obras de misericordia corporales que ejercían las cofradías históricas, esa función primitiva de socorro a los enfermos, difuntos, desvalidos, pobres y presos, la cumplen en mayor o menor medida otras instituciones. Aunque nunca está de más arrimar el hombro (y no solo al tablero del Paso). Así lo han venido haciendo las cofradías actuales, entre ellas la nuestra, con diversas actuaciones caritativas en estos tiempos tan difíciles para muchos.

Por tanto, sin olvidarnos tampoco de las obras de misericordia espirituales –aconsejar, consolar, perdonar, orar...–, que cubren otras necesidades igualmente importantes, ese espíritu de servicio y de ayuda al necesitado, ejercido por uno mismo o encauzado desde la Hermandad, es el que debería permanecer en cada uno de los cofrades y alentar su día a día. Eso también es servir el Paso.

ÁNGEL ANTONIO GALLEGO RUBIO
Mayordomo de la Hermandad de El Descendimiento
“La Escalera”. Año 2016